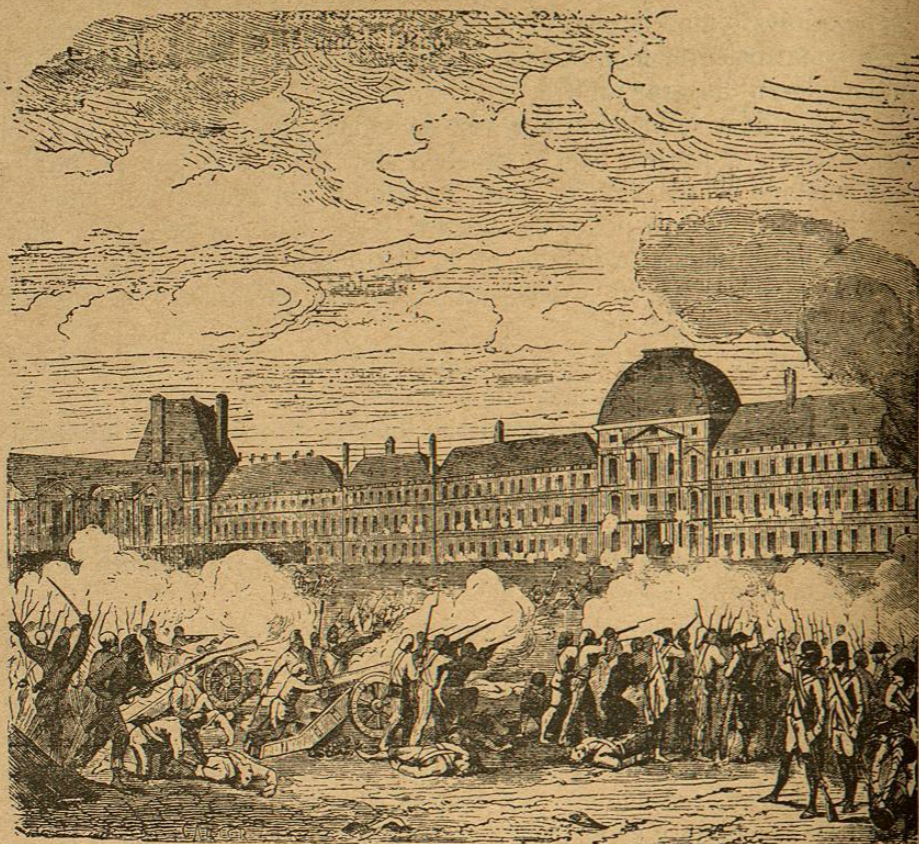


Habían tropezado con muchos obstáculos; el ejército, poco acostumbrado á las maniobras, había perdido mucho tiempo, teniendo que avanzar en columnas por aquellos muelles entonces tan estrechos. Los quinientos marseleses, los trescientos bretones y los otros federados, tropas muy militares, iban en el puesto de honor; caminaban al fuego los primeros; debían entrar en el Carrousel por los postigos próximos al

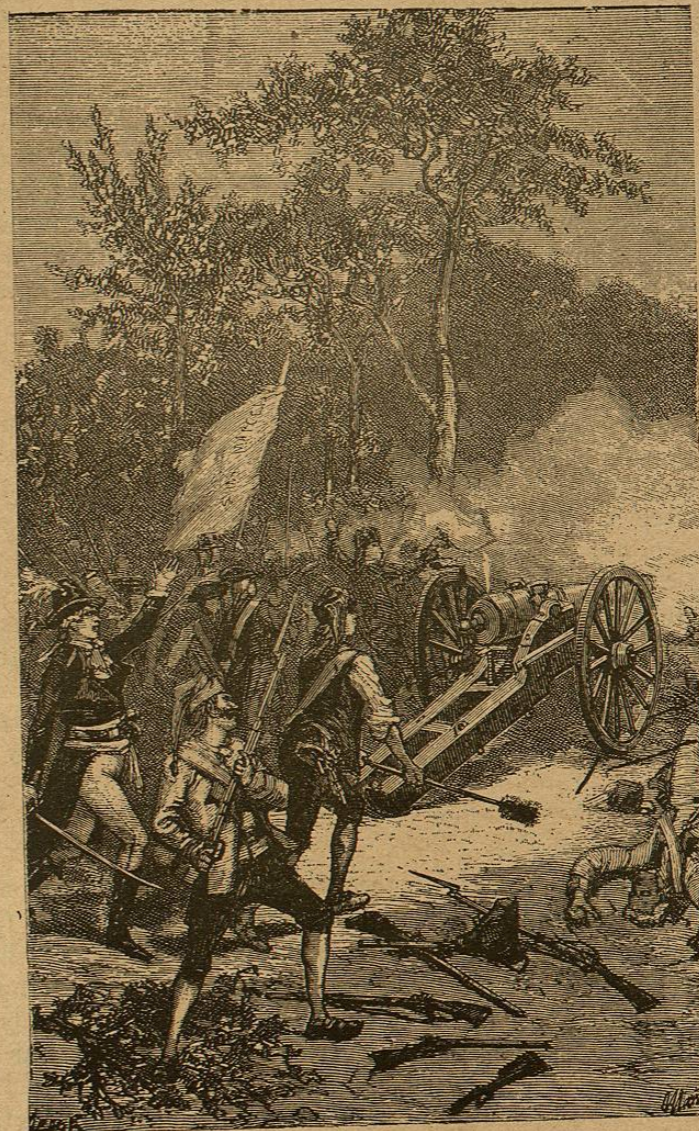


La inmensa y sombría fachada vomitaba rayos por sus cien ventanas (Pág. 154)

puente Real. Los del Marais y las otras secciones de la orilla derecha debían penetrar por el Louvre; San Marcelo y la orilla izquierda se encargarían del puente Real, del muelle de las Tullerías, del de la Concordia y de la plaza, de modo que el castillo quedase entre dos fuegos. San Antonio tenía dos cañones pequeños y San Marcelo otros tantos; esta era toda su artillería.

Si la masa de los fugitivos hubiese sido rechazada hacia el muelle, hubiera podido producir confusión y pánico entre las columnas que venían; pero como hemos dicho, fué repelida hacia la calle de San Hon-

rato y las callejuelas del Louvre. Los marseleses y el barrio de San Antonio no vieron aquel desconsolador espectáculo; llegaron frescos,



... un solo tiro que derribó por tierra á treinta y cuatro (Pág. 156)

confiados, con la cabeza alta. Sabían en general que habían atraído y fusilado á sus hermanos, y redoblaron el paso furiosos. Las secciones del Marais, que llegaron al Carrousel por las encrucijadas del Louvre, vieron infinidad de heridos; pero aquellos heridos, llenos de entusiasmo,

de odio y de cólera, pedían venganza por la perfidia de los suizos: «Ibámos á besarles en las mejillas, cuando han derramado nuestra sangre.»

Los marseleses atravesaron los postigos del muelle, vieron á los suizos formados en batalla en el Carrousel, se abrieron bruscamente dando paso á sus cañones y dispararon á boca de jarro dos metrallazos. Los soldados se entraron sin esperar un segundo disparo, abandonando sus heridos, sin duda un poco sorprendidos al encontrar viva hasta aquel punto la insurrección que se figuraban haber muerto. Los federados de San Antonio avanzaron á paso de carga y ocuparon dos de aquellos patios: el real ó del centro y el de los príncipes, próximo al pabellón de Flora y al muelle. Las secciones que habían venido por el Louvre habían llenado el Carrousel, mucho menos grande en aquella época; empujaban á los que habían llegado primero y penetraban en los patios todo cuanto podían. La inmensa y sombría fachada vomitaba rayos por sus cien ventanas. Además de todos los fuegos del frente, los nobles, al acecho desde las ventanas del pabellón Flora y de la galería grande del Louvre, tiraban sobre el flanco. Detrás del pabellón del Reloj, bajo los fuegos cruzados que detenían á los asaltantes, estaban formados los granaderos suizos, que contestaban con salvas á los tiradores de la insurrección. El tiempo estaba en calma, el humo era muy espeso; no había ni un soplo de aire para disiparle; se tiraba á ciegas, lo cual era desfavorable á los asaltantes, pues apenas distinguían las ventanas, y sus tiros se estrellaban contra las paredes. Por el contrario, sus enemigos, apuntando á murallas vivas, quiero decir, á masas de hombres, tenían que dar en el blanco á la fuerza: cada tiro mataba ó hería. Cansados los federados de recibir sin dar, en medio de una lluvia de balas, colocaron en batería, en la puerta grande, una pieza de á cuatro, dos de cuyos disparos obligaron á los suizos á abandonar el patio. Se replegaron al vestíbulo en buen orden, y de cuando en cuando salían por pelotones para tirar todavía.

En el momento en que los federados pasaron del Carrousel al patio, las barracas colocadas paralelamente al castillo hicieron fuego por detrás, creyendo obtener el mismo éxito que habían logrado una hora antes. Pero desde la primera descarga se lanzaron con furia los marseleses sobre las aperturas de las barracas, y no pudiendo forzarlas lanzaron sobre ella dos cartuchos de artillería cuya explosión hizo saltar los techos, derribó las paredes y lo incendió todo.

El fuego se propagó en un abrir y cerrar de ojos de un extremo á otro, recorrió toda la línea desapareciendo todo entre torbellinos de llamas y de humo, escena horrible de la que los mismos asaltantes apartaron las miradas con horror.

¿Fué entonces ó mucho antes cuando un capitán suizo, Turler, fué á preguntar al rey si era preciso rendir las armas? Grave cuestión histórica que, resuelta en un sentido ó en otro, debe modificar nuestras ideas sobre el carácter de Luis XVI.

Según una tradición realista, los suizos, un momento vencedores, iban á marchar contra la Asamblea; un diputado les detuvo, les intimó que entregasen las armas, y el capitán consultó al rey, sin obtener otra respuesta sino que era preciso entregarlas á la guardia nacional.

Según otra versión más creíble, puesto que consta en el proceso verbal de la Asamblea, *después que el rey oyó el informe* del procurador general Roederer anunciando á la Asamblea que el *castillo se había rendido*, entonces y después del terror pánico que se apoderó de la Asamblea, fué cuando el rey advirtió al presidente que había hecho dar la orden á los suizos para que no hiciesen fuego.

Esto aclara la cuestión que se ha intentado oscurecer. El rey quiso evitar una mayor efusión de sangre, *cuando supo que el castillo había sido tomado*, cuando ya no tuvo ninguna esperanza. Esta orden podía tener la doble ventaja de disminuir la exasperación de los vencedores y de dejar á cubierto el honor de los vencidos, de suerte que estos pudiesen decir, como efectivamente dijeron, que únicamente la orden del rey pudo quitarles la victoria.

A aquella hora había sido tomado el castillo; los suizos que habían defendido palmo á palmo la escalera, la capilla, las galerías, habían sido arrollados en todas partes, perseguidos, muertos. Los más afortunados habían sido los nobles, que dueños de la galería grande del Louvre, tenían siempre una salida dispuesta para escapar. Todos ó casi todos se escaparon; entre los muertos no se encontró ninguno. Los cadáveres, vestidos con ropa fina, llevaban también vestido rojo, eran los falsos suizos, antiguos guardias constitucionales, y no los nobles.

Los uniformes rojos eran muy numerosos, muchos más de los 1.330 verdaderos suizos que menciona su capitán. Suizos ó no se portaron admirablemente. Se retiraron lentamente por el jardín, aguardando, recogiendo á sus camaradas con la sangre fría y el aplomo de tropas veteranas, maniobrando como en una parada, estrechando tranquilamente sus filas á medida que el fuego enemigo los aclaraba. Hicieron quizás diez paradas al atravesar el jardín (dice un testigo ocular) para rechazar á los asaltantes cada vez con dos fuegos de fila perfectamente ejecutados.

Una cosa debió extrañarles mucho, la prodigiosa multitud de guardias nacionales que invadía el jardín y que iba siempre en aumento. A las ocho, antes del combate, había habido en la Greve ocho ó diez mil guardias nacionales armados con fusiles; entre doce y una, inmediatamente después del combate, el mismo testigo vió en las Tullerías hasta treinta ó cuarenta mil.

Descontando la parte ordinariamente numerosa de los hombres que corren siempre en auxilio de la victoria, resulta sin embargo evidenciado que el 10 de Agosto fué realizado ó consentido, ratificado en cierto modo, por el conjunto de la población, no por una parte del pueblo, y de ningún modo por una parte ínfima como tantas veces se ha repetido.

Había un gran número de hombres uniformados entre los que tomaron el castillo. Estos mismos uniformes ocasionaron una fatal equivocación. Los federados bretones, que llevaban trajes rojos, fueron equivocados por los oficiales del castillo con suizos pasados al enemigo, y objeto de preferente puntería cayeron ocho al primer disparo.

La espantosa unanimidad de la guardia nacional, que de momento en momento se manifestaba á los suizos, acabó por quebrantarlos. Cuando llegaron cerca de la fuente grande, hacia la plaza de Luis XV, vacilaron sus filas, comenzaron á desbandarse; la idea mortal de la salvación del individuo, que casi siempre pierde á los hombres, se apoderó visiblemente de ellos. Vieron, ó creyeron ver que su valor, su admirable disciplina les había perdido retrasando su retirada. Algunos centenares se lanzaron como ciervos furiosos al abrigo de los grandes árboles, rechazaron á los tiradores enemigos y ganaron la puerta que está enfrente de la calle de San Florentino; trescientos próximamente escaparon; un grupo, perseguido muy de cerca, se refugió en el hotel de la marina; allí fueron encontrados y degollados.

Los que permanecieron unidos intentaron pasar desde las Tullerías á los Campos Elíseos; pero apenas pusieron el pie en la plaza, un batallón de San Marcelo, que tenía dos piezas colocadas en batería á la bajada del puente, les disparó un cañonazo con metralla: un solo tiro, que derribó por tierra á treinta y cuatro. Los otros, dispersos por aquel terrible fuego, arrojaron sus fusiles y desenvainaron los sables, arma inútil contra las picas de sus encarnizados enemigos. Unos treinta se defendieron un instante cerca de la estatua de Luis XVI (donde ahora está el obelisco), al pie de aquel triste monumento de la monarquía, tan poco digna de su abnegación y de su fidelidad.

Otros que tuvieron la suerte de ganar los Campos Elíseos, fueron ocultados por buenas gentes que les disfrazaron y les hicieron escapar por la noche.

En general en aquella jornada sangrienta no hubo término medio; los vencidos encontraron ó la muerte ó la hospitalidad más cariñosa, generosa hasta el heroísmo, que en caso necesario, llegó hasta afrontar la muerte para salvarlos. Y esto prescindiendo de toda opinión política; violentos revolucionarios se condujeron como los realistas.

En el mismo castillo, la multitud, horriblemente irritada por sus enormes pérdidas y por lo que creía la perfidia de los suizos, no se mostró tan bárbaramente ciega como podía suponerse. Las damas de la reina, infinitamente más odiadas que los hombres, como *consejeras y confidentes de la austriaca*, no sufrieron la menor indignidad. La princesa de Tarento había hecho abrir las puertas y recomendó á los primeros que entraron á una joven señorita, Paulina de Tourzel. Algunas mujeres, madama Campan entre otras, fueron detenidas un momento y amenazadas de muerte; pero no fué más que el susto; las dejaron libres con estas palabras: «Bribonas, la nación os perdona.» Los mismos ven-

cedores las escoltaron para que se escapasen y las ayudaron á disfrazarse para que se librasen de las bandas de verduleras que las seguían gritando que debieran matarlas.

Uno de los asaltantes Mr. Singier (luego conocido y estimado como director de teatro) ha contado que al entrar en la habitación de la

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCIÓN.



Caricatura de Luis XVI con gorro de «sans-culotte» brindando á la salud del pueblo

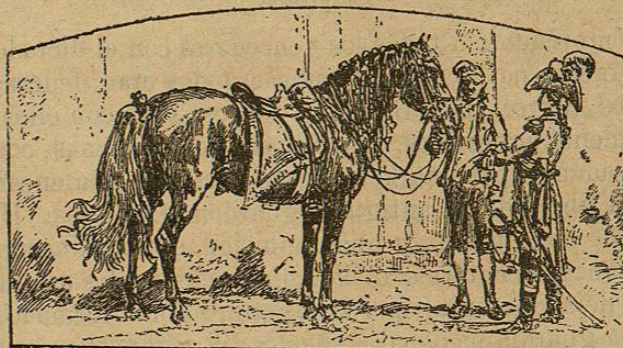
reina vió que la multitud rompía los muebles y los arrojaba por las ventanas; un magnífico clavicordio, lleno de pinturas preciosas, iba á seguir el mismo camino. Singier no perdió un momento, y se puso á tocar en él cantando la *Marsellesa*. Todos aquellos hombres furiosos, sangrientos, olvidaron en un momento su furor; hacen coro, se colocan alrededor del clavicordio, y se ponen á bailar, entonando el himno nacional.

No, aquella multitud, tan abigarrada, de los vencedores del 10 de

Agosto no era, como tanto se ha dicho, una banda de bandidos, de bárbaros. Era el pueblo entero: sin ninguna duda se hallaban allí reunidos todos los caracteres, todas las condiciones, todas las naturalezas. Allí se encontraron las pasiones más furiosas; pero nada indica que en aquel momento de exaltación heroica se mostraran en nadie las pasiones bajas ó las innobles. Hubo muchos actos magnánimos. Y la conmovedora frase del panadero que citamos al principio de este capítulo, demuestra suficientemente que el peligro, que con tanta frecuencia hace feroces á los hombres que lo afrontan por vez primera, no había apagado de ningún modo en el corazón de los asaltantes los sentimientos de humanidad.

Una escena extraordinaria, patética en sumo grado, se desarrolló en la Asamblea nacional. Que pase á la posteridad, para atestiguar eternamente la magnanimidad del 10 de Agosto, del noble genio de la Francia, que conservó aun en medio de los furores de la victoria.

Un grupo de vencedores penetró en la Asamblea confundido con los suizos. Uno de ellos tomó la palabra: «Cubiertos de sangre y de polvo, con el corazón traspasado de dolor, venimos á depositar en vuestro seno nuestra indignación. Desde hace mucho tiempo una corte pérfida ha preparado la catástrofe. No hemos podido penetrar en este palacio si no pasando por encima de nuestros hermanos asesinados. Hemos hecho prisioneros á estos desgraciados instrumentos de la traición; muchos de ellos han rendido las armas: contra ellos solo emplearemos la generosidad (se arroja en brazos de un suizo, y por el exceso de la emoción se desmaya; los diputados le auxilian. Entonces recobra el uso de la palabra:) Necesito una venganza. Ruego á la Asamblea que me permita llevarme á este desgraciado; quiero darle habitación y mantenerle.»



CAPITULO VIII

El 10 de Agosto en la Asamblea.—Lucha de la Asamblea y de la Comuna. (Fis de Agosto).

Los vencedores del 10 de Agosto, federados, guardias franceses, etc.—Theroigne de Mericourt — Asesinato de Suleau.—Impotencia de la Asamblea.—Inercia de los Girondinos durante la noche del 10 de Agosto.—El rey se refugia en el seno de la Asamblea.—Dos pánicos en la Asamblea.—El rey, no teniendo ya esperanza, hace cesar el fuego.—La Asamblea ofrece á la monarquía una probabilidad de resurrección.—La Asamblea se anula á sí misma.—Desesperación de las familias de las víctimas del 10 de Agosto.—Desconfianza y furor del pueblo.—Peligros de la situación.—El rey es encerrado prisionero en el Temple.—La Comuna exige la creación de un tribunal extraordinario.—Influencia de Marat sobre la Comuna.—Creación del tribunal extraordinario (17 de Agosto del 92). Peligros que amenazaron á Francia; Longwy sitiado el 20 de Agosto.—Amenazas de Lafayette, su fuga.—Firmeza magnánima de Danton. Primeros movimientos de la Vendee.—El nuevo tribunal es acusado por la lentitud con que funciona.—Noticia de la toma de Longwy.—Fiesta de los muertos del 10 de Agosto.

No es fácil sondar el profundo volcán de furor de donde brotó el 10 de Agosto, enumerar las cóleras de todas clases amontonadas, aumentadas, mutuamente recalentadas por una fermentación tan terrible. Si no podemos detallar su fuerza y su violencia, enumeremos al menos, analicemos los diversos elementos, que amalgamados compusieron la ardiente lava.

El sufrimiento del pueblo, su dolorosa miseria fué el elemento más débil. Y sin embargo la miseria era extremada. Largo tiempo hacía que se habían consumido los últimos recursos; aunque el pan estaba barato, como el trabajo faltaba en absoluto, no había medio de comprarlo. La muerte en un camastro, en una bohardilla ignorada ó en la calle en una encrucijada, era la última perspectiva. Aquellas pobres gentes, casi sin armas y nada aguerridas entonces, no hicieron una gran cosa el 10 de Agosto; se limitaron á ir los primeros á los Tullerías; ellos recibieron la primera y mortífera descarga. Si no hubiera habido más que ellos no habría sido tomado el castillo.

Había otro elemento en el que la corte no pensaba; un elemento muy militar, que obró ciertamente de un modo más eficaz.